

# UN LIBRO VALIOSO

## ENSAYO HISTORICO SOBRE LA ORDEN DOMINICA ARGENTINA

### CONTRIBUCION A LA HISTORIA GENERAL DEL PAIS

#### I. ACTAS CAPITULARES (1724-1824)

POR FR. JACINTO CARRASCO O. P.

Esta publicación valiosa coincide con el segundo centenario de la Provincia Dominicana de San Agustín, y es, como dice el autor, en realidad el segundo volumen de su obra de investigaciones más vastas, cuya primera parte será la Historia de la Orden Dominicana Argentina desde la conquista del Tucumán hasta la creación de la Provincia en 1724, siguiendo después del segundo volumen la historia moderna de esta Provincia.

Felicitemos y agradecemos al mismo tiempo al autor por este trabajo que ciertamente será un estímulo para similares trabajos en un campo casi inexplorado todavía. «Contribución a la historia general del país», le llama el autor muy acertadamente y tal vez no sin la intención de querer llamar desde un principio la atención sobre estas fuentes valiosísimas de nuestra historia patria, tanto eclesiástica como civil que está todavía por escribirse, y no se puede escribir sin estas obras preparativas.

Dijimos que agradecemos al autor, porque sólo los que se ocupan en explorar los archivos, comprenden el trabajo ímprobo que llevó sobre sí el abnegado autor, alentado sólo por la grandiosidad de la materia.

Tres siglos anteceden la Independencia, despreciados por ser ignorados en gran parte, aunque los hombres que han vivido entonces son los abuelos de los próceres de la Independencia. Y si a la labor de estos últimos se dedica tanta atención, no merecen menos los que han creado, ideado e iniciado el progreso de aquellas tierras hasta que estaban maduras para la Independencia. Lo que han sembrado los antiguos con lágrimas, lo han cosechado los modernos con alegría. (Ivan. 4, 37 y Ps. 125, 5). Ingratitud sería no acordarse de las ini-

ciativas y los sacrificios de los antiguos, los que no han exigido menos genio y menos constancia que los progresos modernos.

Bien se dice en el Prólogo de esta obra (pág. VIII): que bajo el punto de vista de la historia argentina, «significa un aporte completo y homogéneo para un futuro estudio que concierte la doble influencia laica y religiosa en nuestro país».

Así no se agotan todas las fuerzas investigadoras sólo en una época, como la Independencia, o sólo en los fenómenos materiales, sin analizar las fuerzas morales, motores de la actividad humana del pasado. Estas fuerzas morales y materiales comprenden sólo personas «de ramo» en cada esfera, por lo cual no se puede escribir una historia completa sin consultar a estos especialistas competentes. En esto consiste el valor general de una obra que parece sólo servir a una determinada clase, como es una Orden Religiosa.

La gratitud exige que no nos acordemos solamente de los sudores de los antepasados, sino también de la verdad, por las muchas desfiguraciones de la historia, consecuencia de la influencia de las pasiones, tanto de simpatía como de antipatía.

El pedestal de la grandeza actual no parece tan débil como lo pintan. Mucho se ha criticado el tiempo colonial. Tenía sus deficiencias como las tiene también el tiempo moderno. Tenía también sus grandezas, como lo prueban los monumentos literarios y materiales argentinos de su tiempo colonial. La nota más simpática de la Argentina moderna en los ojos del mundo entero es precisamente su romántico, heroico y grandioso pasado, y en especial la obra de sus antiguos misioneros. ¿Qué dirá el mundo científico si los mismos hijos de este encantador país no quieren conocer su glorioso pasado y lo enlodan en sus obras modernas con apasionadas invectivas, como Juan M. Gutiérrez, Trelles, Mitre y Ricardo Rojas, etc.? No ven sino defectos, por ser el tiempo colonial profundamente cristiano y católico; y si ha sido español, tampoco es esto motivo para cohonestar la ingratitud y la calumnia. Si tenía sus defectos el tiempo pasado, desaparecen casi ante la perspectiva de la obra positiva que es la civilización cristiana del Mundo Nuevo, no obstante las dificultades más grandes: monumento perenne de la grandeza de la Conquista material y espiritual de América.

Si tenía sus defectos la Conquista material, se han suavizado estos defectos por la feliz y ejemplar combinación con la Conquista espiritual, más heroica y de resultados más duraderos que la primera, y esta feliz combinación es la prueba más convincente del error



y seguro fracaso de la civilización laica moderna: «¡Hinc illae lacrimae!» De allí la marcada malquerencia de todo lo colonial y de las frases estereotípicas y rutinarias del oscurantismo de la «teocracia», de la «sumisión dolorosa», del «oscuro período colonial», oscuro porque cierran los ojos los que no sufren su luz.

Con afán se buscan en obras antiguas, como en el Ensayo de Funes, frases malsonantes y exageradas, y de ninguna manera decisiones infalibles, para autorizar este desdén del tiempo colonial, desdén igualmente irracional como el desprecio de la «oscuridad de la Edad Media».

El autor nos hace ver, por lo contrario, la seriedad en los estudios de aquellos tiempos, sin enumerar los muchos datos etnográficos y sociológicos esparcidos por esta obra. (Igualmente se probó en ESTUDIOS, Enero-Abril 1923: «Acción educadora de los Jesuitas españoles en los países del Río de la Plata», que el nivel de la cultura de aquel tiempo estaba aquí a la altura de la de Europa, y lo prueban los monumentos arquitectónicos, y las obras de lingüística, geografía, etnografía, historia y ciencias naturales).

No miramos sólo desde el punto de vista materialista la obra de las Ordenes religiosas en América. Aunque es verdad: «Prius vivere, deinde philosophare»; la cultura completa abarca al hombre entero, cuerpo y alma; pero lo principal es el alma. Y a los conquistadores se podía decir con el Divino Salvador: «¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Math 16, 26). Colonos e indígenas necesitaban al ministro de la religión ante todo para el apostolado y la administración de los sacramentos. En este sentido es deber del agradecimiento que nos acordemos de aquellos varones ilustres que han arrostrado las dificultades de los primeros siglos de la Conquista para procurar el bienestar espiritual de nuestros antepasados, los que en consecuencia de esto nos han legado, no sólo la cultura material del pueblo americano, sino lo que vale más: la herencia inapreciable de la religión católica con todas sus bendiciones temporales y eternas.

Son estos abnegados religiosos los grandes conquistadores que no sólo han dilatado los dominios españoles, sino el Reino de Cristo, y no seríamos cristianos si no miráramos con interés en esta obra del esclarecido autor dominico los heroicos esfuerzos de los hijos del glorioso patriarca Santo Domingo al lado de los miembros de las otras órdenes religiosas, para dilatar aquí en América los dominios de Dios Nuestro Señor.

Merece el autor el agradecimiento de la Iglesia entera, porque ha

escrito una hermosa página de la historia de la Iglesia universal; pues la historia de la Orden Dominica en la Argentina es un pedazo de la historia eclesiástica, y el cumplimiento de la palabra de Cristo (Math, 5, 16), «que todos vean estas vuestras obras buenas, y alaben a nuestro Padre en el cielo». Felizmente, como en toda la historia de la Iglesia, vemos más luces que sombras. Y la Iglesia no tiene que temer las sombras. Su nota característica será siempre la santidad, y su historia será siempre su apología.

Felicitemos efusivamente al autor por su sinceridad, muy lejos del estilo panegirista del tiempo del gongorismo, al cual se alude en el Prólogo (pág. VIII). El autor escribe (pág. 40): «¿Que al través de estas Actas se descubren abusos?... Pues allí mismo está la censura severa...» Nosotros somos como abejas que buscan la miel de las flores, y no queremos escarbar, como algunos escritores modernos, a semejanza de los escarabajos, en la basura.

Aquel mal gusto y egoísmo que quiere tapar todas las flaquezas humanas, haría a nuestros protagonistas más daño que provecho. Nosotros los católicos no tenemos motivo para temer la verdad, con tal que quede verdad y no se convierta en generalizaciones injustas e injuriosas. En la historia de una Orden Religiosa, hay menos que temer porque tiene por lema la Perfección Evangélica, la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Con todo el idealismo, el Religioso siempre queda hombre, hijo de su terruño y de su tiempo. El amor a la *patria* nunca se le borrará; porque le es tan natural como el amor a sus padres. Casi no necesita estímulo el amor patrio, sino más bien freno, para que el entusiasmo no le lleve a la injusticia con el prójimo. Más dificultad parece ser para el misionero que ha dejado su patria natal y tiene ahora patria adoptiva. Siempre le quedará el amor a la patria natural, pero sacrificando todos sus esfuerzos corporales y espirituales a la patria nueva y a sus habitantes, crece insensiblemente un afecto, como no tiene mayor el de padre a sus hijos. El gran apóstol San Pablo habla muchas veces de este afecto a sus hijos espirituales que ha engendrado en el Señor (I. Cor. 4, 15), y los que son su «corona» y su «consuelo» (Phil. 4, 1). Sólo uno que comprende lo que significa sacrificar todo para sus hijos adoptivos y regar la tierra nueva con su sudor, sus lágrimas y su sangre, comprende el afecto del misionero al campo de su actividad y a sus hijos espirituales. «Obras son amores», y dice el Señor: «No hay más grande caridad que la de quien da su vida por los suyos» (Juan, 15, 13).



Religiosos magnánimos, aunque nacidos fuera del país, trabajarán con noble emulación con los nacidos aquí para conseguir el fin común: el bienestar perfecto de los que Dios les encomendó.

Sin embargo tenemos que lamentar en la Iglesia en general, como en una noble porción de ella, cómo son las Ordenes Religiosas, sensibilidades de un patriotismo no bien ordenado, reprobado hasta en estos últimos tiempos por los Sumos Pontífices y por los Superiores de aquellos religiosos. Había rencillas entre europeos y americanos, y como también en Europa se halla el afecto desordenado de hablar mal de otras naciones, había en América desinteligencias entre argentinos y chilenos. Siempre el mismo espíritu carnal y de criterio estrecho, que por mayor desgracia se manifestaba a veces fuera de los conventos en esfera más amplia entre las diferentes Ordenes, o entre Ordenes y clero seglar, o entre las autoridades eclesiásticas y civiles, muy en contra del espíritu de Cristo que dijo: «En esto se conocerá que sois mis verdaderos discípulos, si tenéis caridad el uno con el otro.» (Ivan, 13, 35).

No sucedieron tales quebrantos sólo entre los Religiosos, cuya historia escribe el Rdo. Fray Jacinto Carrasco, sino lo vemos también en el sexto tomo de la Historia de la Compañía del Padre Astrain, en las mismas Provincias y casi al mismo tiempo, pero igualmente enérgicamente reprobados por los Superiores. Escribe, para citar el uno entre muchos el Padre General de la Compañía P. Tirso González al Provincial del Paraguay en 1694: «No atiendan a la diferencia tan impertinente e inútil de nacidos aquí o allí, ni a las medras o mayorías de la Religión, sino al mayor bien de ella. No puedo dejar de reconocer con gravísimo dolor de mi corazón que es necesario gran cuidado en los Superiores para desarraigar este afecto nacional».

Procuró laudablemente el autor evitar este excesivo entusiasmo exclusivista que se manifiesta, como indicamos, fácilmente entre los obreros evangélicos en general. En el buen criterio del autor tenemos una garantía que de ningún modo generalizará algunos choques sensibles entre sus Hermanos en Religión y miembros de la Compañía, (como fué el pleito del obispo Mercadillo por la Universidad de Córdoba, Cf. Lozano l. c.). A nosotros nos parece que abundan más las cordiales relaciones entre ambas Religiones en aquella época colonial.

Un obispo dominico, Fray Francisco de Victoria, ha venido en 1585 a los primeros Jesuitas a la Argentina. Al mismo tiempo en-

cuentran los recién llegados del Brasil al obispo del Paraguay, Fray Juan Alonso de Guerra O. P. en Buenos Aires. Escribe Lozano (*Historia del Río de la Plata*, edición Lamas, tomo 3, pág. 494): «Empeñóse entonces con todo el ardor de su grande elocuencia, en persuadirles se compadeciesen de la necesidad casi extrema de su diócesis del Paraguay...» Otro obispo dominico del Paraguay, Fray Reginaldo de Lizárraga, autorizó juntamente con el gobernador Hermandarias en 1609 el comienzo de las célebres Misiones jesuíticas del Paraguay. Otros obispos, algo prevenidos al llegar contra la Compañía, apenas la conocieron más de cerca, eran sus decididos protectores, como sucedió, según el mismo Lozano, (l. c.), con Fray Tomás de Torres y Fray Cristóbal de Mancha y Velasco.

El autor de la *Historia* de la «Orden Dominica Argentina», sin vana lisonja reconoce la labor de los Jesuitas en favor de este mismo país. Habla de sus trabajos históricos, apostólicos, arquitectónicos, del florecimiento literario de la Universidad de Córdoba. (Véanse las páginas 3, 44, 77, 84, 93, 103, 118). No aparece en esta obra, (véase págs. 22 y sigs), si conoce el autor la característica del P. Procurador Ignacio Alemán que hace el P. Astrain en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, (tomo VI, libro III, cap. XIII, pág. 740 y sigs.) Se confirmará talvez el autor en sus apreciaciones.

Lo que cita el autor (a pág. 103) sobre la consternación de los PP. Dominicos con ocasión del destierro de los Jesuitas de Córdoba en 1767 es sacado del P. Peramás, contemporáneo, en su *Annus Patiens*, en traducción, hecha por el P. Pablo Hernández en la *Rev. Eclesiast. de Buenos Aires* (Oct. 1906). Tales erupciones espontáneas de los afectos íntimos son la más sincera manifestación de ellas. Los amigos se conocen en el infortunio. Tales manifestaciones hacen indeleble la gratitud. Se ve con tal ocasión que ambas Religiones tienen los mismos ideales, y así como el gran patriarca Santo Domingo pertenecía, aunque parece anacronismo a la «Compañía de Jesús», así los Jesuitas del antiguo Paraguay han sido «Predicadores» del mismo Evangelio como los Dominicos.

CARLOS LEONHARDT.